

Amarilla

TORRE

Invisible

María Baranda

Ilustraciones

Paulina Barraza



Invisible

Para Sofía y Jimena

D.R. © 2006, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4.º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México,
C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

1.ª edición, abril 2006
2.ª edición, marzo 2020

Coordinación editorial: J. Lizbeth Alvarado Mota
Coordinación de diseño: Gustavo Rivas
Ilustraciones: Paulina Barraza
Diagramación: Pedro Esparza Mora

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61092857
ISBN: 978-607-13-1039-2



Invisible

María Baranda

Ilustraciones
Paulina Barraza

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Índice

Una simple agujeta.....	7
¿Me ves o no me ves?.....	13
Una señal.....	23
Tapas de plástico y un listón azul.....	29
Espantoso y embustero.....	37
Orejas largas y miedos terribles.....	41
Los mejores amigos.....	47
Así de fácil.....	51
Apenas un hueco.....	57
Solo, muy solo.....	63
De once a dos.....	69
Lo más repugnante del mundo.....	79
Completamente desconcertados.....	85
Un camino de nubes.....	93
La peor pesadilla.....	99
Maravillosos, maravillosos.....	105
Seis muchachos infectos.....	111
Perdido para siempre.....	119
Un terrible dolor de estómago.....	123
Se es o no se es.....	129
Agua que salía de quién sabe dónde.....	135
Una trama sin final.....	143
Un pie y tres brazos.....	149
Un grito de hace tiempo.....	155



Una simple agujeta

Hoy empecé a desaparecer. Fue un poco extraño, aunque nada doloroso. La culpa, hay que decirlo, es de mis padres. No es que ellos me hayan dado a beber una poción mágica o algo por el estilo. No. Sucede que han contribuido de manera notable a que yo, simplemente, me borre. Es como irte familiarizando con el sabor del jarabe para la tos, al principio te parece repugnante, pero conforme te lo van dando el sabor mejora un poco cada vez, hasta que sin darte cuenta ya estás acostumbrado a él. Así fue lo que me sucedió.

Todo comenzó ayer, cuando el señor Rufino vino a ver a mis papás. No sé por qué nos sentaron con

ellos a mi hermana Catalina y a mí. Bueno, a Catalina lo entiendo, pero yo no tenía nada que hacer allí.

El señor Rufino es el encargado de repartir becas a los mejores estudiantes de mi escuela. Las becas son como unos premios que les dan a los papás por tener hijos muy aplicados, muy buenos y muy obedientes, y entonces les perdonan el pago de las colegiaturas. Por supuesto que todos se referían a la pesada de mi hermana mayor; a mí ni siquiera me voltearon a ver. No importa.

Mis calificaciones son casi, casi, las peores del grupo, porque para mi fortuna hay alguien que me gana: Eulalio. Ése sí que es un bruto, digo, no es que realmente lo sea, es que así nació. Por ejemplo, si la maestra pregunta cuánto es “ocho por dos”, Eulalio, que además siempre babea, puede llegar a contestar “veintitrés” con una rapidez que nos deja por un segundo pensando que ése es el resultado correcto. Pero inmediatamente viene el grito de la maestra “iiiiiiincorreecto”, y todos, por supuesto, volteamos a ver a Eulalio con cara de “qué tonto eres”. Lo que pasa es que Eulalio es así en todo, hasta en el fútbol, y eso sí ya es el colmo.

Pero bueno, volvamos al señor Rufino y a mi cursi hermana Catalina. Cuando vio sus calificaciones se quedó con el ojo cuadrado.

—Señorita (¡háganme favor!), es usted muuuuy aplicada. Se merece esto y más —y después se retorció su enorme bigote de morsa.

Mi mamá empezó a lloriquear de felicidad y corrió por más té y galletitas. Mi papá recitó uno tras otro los éxitos de mi hermana: primer lugar en lectura, en ballet, en gimnasia, en natación, en ortografía, en ciencias naturales, en historia, en, en, en, etcétera.

Es horrible.

Sentí, entonces, unas ganas inmensas de desaparecer. Pensé que si me iba nadie lo notaría.

Fue cuando se me ocurrió una idea genial. Les pregunté si podía salir a dar una vuelta en bicicleta. Nadie me escuchó. Dejé pasar largos segundos y después propuse ir a jugar con mi patineta. Hubo un gran silencio. Yo volteé a verme las piernas, los brazos, las manos, pero no, no era invisible, simplemente nadie me escuchaba.

Era una mañana maravillosa, el sol brillaba con mucha intensidad, el cielo estaba azul, el tiempo era perfecto para jugar un poco de futbol con Bulmaro, mi vecino, entonces lo dije con voz fuerte y no sé por qué a ellos les pareció que yo había dicho que iba a arrojar una bomba o algo así, porque me voltearon a ver con ojos de pistola.

—Ay, Pascual, ¿no puedes esperar?

Para mi suerte y buena fortuna me salvó el timbre. Era Gervasio, mi otro vecino, venía a preguntar si yo le podía ayudar a hacer su tarea.

Todos en mi casa contestaron al unísono:

—¿Pascual?!

—Sí, él es muy bueno en matemáticas.

Y después me guiñó el ojo. ¡Qué bárbaro! Ése sí que es un amigo de verdad.

—¡Vaya sorpresas que tiene la vida! —contestó mi papá, creo que con cara de satisfacción.

—Anda, hijo, sé bueno y ayuda a tu amigo. ¡Pero regresa temprano!

El resto de la tarde corrimos detrás de la pelota: Bulmaro, Gervasio y yo. Hasta que nos cansamos, porque la verdad, no somos muy buenos. Bulmaro siempre quiere ser el portero, pero está tan gordo que es fácil meterle goles. Gervasio es el mejor, pero el más desesperado. Y a mí no sé por qué a veces se me enreda la pelota entre los pies. Bueno, vaya que sí hemos mejorado. Antes siempre volábamos la bolita a casa de Maruca. Aunque en realidad era un pretexto para verla.

Maruca es la niña más linda de la calle. Qué digo de la calle, del barrio, ¡no!, de la escuela entera. Ella no es como mi hermana. Va un año adelante de nosotros, pero siempre nos saluda. Además no es la archiaplicada y superpresumida de su clase. No. Hay otras peores. Maruca es normal, pero eso sí, tiene unos ojos verdes que cuando te mira te sientes como una papa frita.

Total que esa tarde volvimos a volar la pelota a su casa. ¡Pero qué mala suerte! Maruca no estaba. Nos abrió su mamá y nos dejó pasar a buscar la bola. Un poco después, cuando ya estábamos un tanto aburridos, nos despedimos y cada quien se fue a su casa.

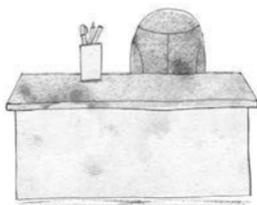
Mis papás estaban muy contentos con lo de Catalina y ella, ni que contarles, se la pasó el resto de la tarde llamando por teléfono a tías y primas para darles la noticia de su beca. ¡Qué cursilada! ¿Lo ven? Mi hermana no tiene remedio, les dan un premio a mis papás e inmediatamente piensa que es para ella.

Fue entonces cuando sentí que estaba empezando, ahora sí, a volverme invisible. Un poco más, claro, ya que desde siempre he sentido que nací con la tinta muy baja. Esto es algo que pasa en mi piel o en mi pelo, o quizá sean mis ojos o mi nariz, pero mis papás no me ven igual que a mi hermana.

Por ejemplo, si bajamos a desayunar, cosa que Catalina siempre hace primero porque además de ser archiaplicada y muy presumida es superpuntual, con ella conversan, le ofrecen más yogurt, más miel y más fruta. En cambio, a mí siempre me dicen “apúrate”, “mastica más rápido”, “se te hace tarde” o “ya cállate”, y si se me ocurre alimentarme con unos exquisitos huevos o unos sencillos buñuelos, mi mamá dice “¡qué ocurrencias!”. Y luego viene su clásico “apúrate”, “mastica más rápido”, “se te hace tarde” o “ya cállate”.

Esa noche tuve un sueño extraño: íbamos a visitar a la tía Begonia y, al llegar a su casa, ella sólo veía a Catalina. A mí me cerraba la puerta en las narices. Entonces yo gritaba muy fuerte que me abrieran, pero nadie me escuchaba. Fue cuando vi que mi mano ya no estaba, y luego mi brazo y

mis piernas. En ese instante me desperté con el insoportable llamado de “Pascual, ¡apúrate!”. Al cerrar la puerta de la casa, sentí que empezaba mi transformación. Primero miré mis zapatos, a uno le faltaba una agujeta. ¡Caramba!, pensé, hoy toca honores a la bandera, o sea, los lunes, además de cantarle a la insigne patria, revisan que traigamos el uniforme completo. Y eso para mí es casi imposible de cumplir. Aunque bueno, ustedes pensarán que lo único que me faltaba era una simple agujeta y que un detalle tan pequeño podrían no notarlo, pero es que ustedes no conocen al señor Ogrolañón, el director de mi escuela.



¿Me ves o no me ves?

Primero me quedé viendo fijamente mi zapato sin agujeta. Después dije mentalmente y con todas mis fuerzas “desaparece, desaparece, desaparece”. Y mi zapato, con todo y pie, desapareció.

Ya les había contado yo que no era doloroso. Y de veras, créanmelo. No se siente nada. Sólo que es muy extraño andar por la vida con un pie visible y el otro no.

Desde que yo iba en preescolar parecía que los maestros no me veían. Por ejemplo, si era el cumpleaños de algún compañero, la maestra decía los nombres de todos para pasar a comer pastel. El mío siempre se le olvidaba. Cuando pasé a primero de primaria, mi maestra se brincaba mi nombre

de la lista, y luego decía “perdón, Pascual, es que no te vi”. Poco a poco empecé a descubrir que los demás no me veían con claridad. A mi mamá se le olvidaba muy seguido recogerme a la hora de la salida, sobre todo si Catalina salía a una hora distinta. El problema se solucionó cuando me metieron al transporte escolar y, más adelante, aprendí a regresar a mi casa yo solo, bueno, con la cursi de mi hermana. Entonces, mentalmente, empecé a jugar. Cada vez que estaba con mi grupo en algún paseo me decía “¿el maestro me ve o no me ve?”. Y resultaba que casi nunca me veía, ya que si no me subía al camión, él ni en cuenta. Y ya les he contado cómo son las cosas en mi casa.

Así es que ese día, al llegar a la escuela, Bulmaro me preguntó qué me pasaba.

—Nada. ¿Me notas algo raro, o qué? —le dije.

—No te hagas el tonto, Pascual. ¡Te falta un pie!
—esto último lo dijo a gritos.

—Shh. No me duele. Además siento que lo tengo
—le contesté yo bastante serio.

Eso hizo que mi amigo se calmara un poco. Después le conté:

—Mira, me faltaba una agujeta en el zapato, así es que pensé que lo mejor era desaparecer el pie completo. ¿Que cómo lo hice? No sé, simplemente me concentré —dije bastante incrédulo. Me tocaba el pie para asegurarme de que sí lo sentía.

—¡Eso es magia pura, Pascual! Ayúdame a que yo también lo haga. Quiero ser invisible.

Demasiado tarde. El timbre que anunciaba el comienzo de los honores a la bandera sonó. Nos formamos en el patio. Entonces, toda la escuela comenzó a murmurar. Fue terrible. El señor director Ogrolaños se dio cuenta de que algo extraño sucedía. Tomó el micrófono y, con su voz de caverna, gritó:

—¡Silencio! ¡Vamos a comenzar! ¡Pobre de aquel que vuelva a interrumpir!

Hay que decir que todos estábamos temblando del susto. Porque cuando el señor director Ogrolaños se enfada puede suceder una cosa espantosa. Sus gritos son capaces de perforar el oído de cualquier niño y de dejarlo sordo de por vida. Y si abre su inmensa boca se pueden ver todos sus filosos colmillos. En la escuela se cuenta que el director devora a los chiquillos que se portan mal. Primero los mastica ferozmente y después les arranca un pie, un brazo, parte de una oreja, lo que sea. Claro que nadie ha visto que lo haga, pero eso es lo que se cuenta.

Así es que allí estábamos los niños y las niñas de la escuela muy temprano por la mañana temblando del susto y ya listos para cantarle a la insigne patria. Yo tenía la gran suerte de no pertenecer a la escolta, a los que torturan marchando y cargando una bandera que es sumamente pesada. Eso es para los aplicados. Ni para mí ni para Bulmaro o Gervasio. Al terminar la ceremonia el director siempre revisa a todos los alumnos y alumnas de su

escuela. Se deleita marchando despacito entre las filas de temblorosos niños y asustadas niñas. Nadie se atreve a mover ni un dedo siquiera.

Ese día el Ogrolaños parecía un auténtico ogro furioso cuando caminaba entre las filas. Y se fijaba en todo, hasta en los detalles minúsculos como una uña mordida, una pequeña mancha de huevo en la camisa, un botón descosido o, por supuesto, una agujeta faltante.

Para mi enorme sorpresa el Ogrolaños pasó junto a mí, me resopló en la cara y, como todos los lunes, se me quedó mirando a los ojos, bajó la mirada pasando revista a toda mi persona pero, por increíble que parezca, no se dio cuenta de que un pie mío no se veía. Bulmaro, que estaba detrás de Edgardo, que a su vez estaba a mis espaldas, me jaló el suéter y en voz baja dijo “te salvaste”. Lástima, eso sí lo alcanzó a escuchar el Ogrolaños y, como si hubiera descubierto la peor de las cosas, volteó y me jaló de una oreja:

—A ver, jovencito, ¿de qué te salvaste? —me dijo escupiéndome en la cara.

Y a continuación:

—¡Silencio en las filas! Y tú, ve a mi oficina por un reporte.

—¿Pero yo por qué? —le reclamé con mucha valentía.

—¡Porque lo mando yo!

En ésas estábamos cuando mi buena maestra Eugenia se acercó muy decidida:

—Le suplico que lo deje ir. Yo me encargaré de corregir cualquier prob...

Mi pobre maestra no terminó su frase porque inmediatamente el director le gritó:

—¡Usted haga su trabajo que yo haré el mío!

Y no sé por qué me cogió de la otra oreja y me dio un fuerte empujón con el que casi llegó hasta la puerta de la Dirección.

Entonces volteé a ver quién estaba en el patio y, para mi fortuna, mis ojos se encontraron con los de Maruca, mi vecina, así es que más que sentirme como una papa frita creí que mi cara iba a estallar de tanto calor que de repente me invadía.

Y me dio una pena terrible que la niña más linda del mundo entero viera lo que el Ogrolaños me hacía. Pero a Maruca parecía no importarle esto, ¡no!, Maruca me sonreía y me mostró su dedo pulgar en señal de aprobación. Sentí una fuerza inmensa dentro de mí. Ya nada parecía importarme. Orgullosamente me puse de pie y entré en la oficina del director con la seguridad de quien ha vencido un terrible peligro.

En la Dirección sentí un frío tremendo. Y también un poco de miedo. Era bastante oscuro el lugar y olía a encerrado. La única ventana estaba tapiada con unas tablas de madera; pensé que el director bien podría ser un vampiro que le temía al sol. Cuando estaba pensando en eso, el Ogrolaños entró bufando y resoplando y de un manotazo cerró la puerta.